

# BELISARIUS

Magister Militum del  
Imperio Romano de Oriente

Arturo S. Sanz

*Para mi hermano,  
allá donde esté.*

# ÍNDICE

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| Introducción                | 9   |
| Un nuevo principio          | 13  |
| Iustinianus Imperator       | 19  |
| Teodora                     | 33  |
| Constantinopla              | 43  |
| El ejército romano oriental | 55  |
| El ejército sasánida        | 69  |
| La Guerra Persa             | 91  |
| La revuelta de Nika         | 107 |
| La invasión de África       | 115 |
| El ejército vándalo         | 123 |
| África capta                | 129 |
| Ad Decimum                  | 141 |
| Tricamerum                  | 155 |
| La campaña de Italia        | 165 |
| El ejército ostrogodo       | 171 |
| Italia capta                | 177 |
| La Guerra Gótica            | 187 |
| Roma                        | 195 |
| Objetivo: Rávena            | 211 |
| Las arenas del desierto     | 227 |
| Regreso a Italia            | 241 |
| El fin de una Era           | 283 |
| Epílogo                     | 297 |
| Bibliografía                | 301 |



## Introducción

*“Nada impedirá conocer los hechos más grandes  
y memorables ocurridos en estas guerras”*  
Procopio, *Historia de las Guerras*, l. 16-17

**B**elisario, un nombre que resuena en el recuerdo gracias a la obra de Graves (“El Conde Belisario”, Edhasa), aunque muy pocos son quienes conocen su verdadera historia. Una historia que lo convierte en el más brillante de los generales bizantinos en la Antigüedad Tardía. Como en la mayoría de nosotros, su vida presenta luces y sombras por igual, desde la masacre de civiles durante los disturbios de Nika (532), hasta convertirse en el instrumento de Justiniano para reconquistar el perdido Imperio romano de Occidente, recibiendo finalmente el elogio del pueblo.

Hasta este momento, los ensayos que tratan sobre el periodo de gobierno de Justiniano apenas contaban con material para analizar breves aspectos de su figura y política, dedicando parte de sus esfuerzos a esbozar las importantes medidas económicas, fiscales o legales que dictó durante su reinado. En estos relatos cobran especial importancia las

campañas militares y conflictos bélicos a los que se enfrentó, en cuyo escenario se inserta la figura de Belisario, aunque generalmente de manera superficial y con escaso detalle. En este libro trataremos de poner remedio a esta situación, adentrándonos en su vida a lo largo de todos los acontecimientos que terminarían por convertirla en leyenda.

Nos adentraremos en las intrigas de la corte bizantina, donde no faltaran conjuras, intereses enfrentados, traición, diplomacia, revueltas y asesinatos en busca del poder, pero también conoceremos en detalle sus campañas en Persia, África e Italia, donde se convirtió en el paladín de la otrora grandeza romana. Las tropas bizantinas no tuvieron un respiro a lo largo de este periodo, y no era para menos, pues como si de las propias legiones se tratara, tuvieron que presentar batalla en tres continentes distintos frente a todo tipo de enemigos como los persas, godos y vándalos, deseosos de probar su valía frente a la fama atesorada por los herederos de Roma. No en vano, el Imperio bizantino vivía acosado por todo tipo de oponentes dispuestos a ocupar la capital de aquel floreciente reino, cuyos habitantes convivieron con el miedo constante a veces encarnado en aquellos invasores y tras veces invisible, atacando en forma de epidemias como la peste.

Es necesario aclarar que en esta obra utilizaremos más frecuentemente el término “Imperio romano Oriental” que el más comúnmente conocido de “Imperio bizantino”, dado que, aunque este último se ha venido utilizando asiduamente desde su acuñación en el siglo XVI, los protagonistas de esta historia se consideraban a sí mismos como romanos, por lo que es justo respetar esta seña identitaria. Sin embargo, a efectos prácticos destinados a favorecer la narración, lo emplearemos en aquellas ocasiones en la que sea necesario establecer diferencias entre la situación oriental del imperio y su contraparte occidental.

*Arturo S. Sanz*

Esperamos que el libro brinde al lector suficiente información para que pueda juzgar la vida y aventuras de Belisario por sí mismo.





## Un nuevo principio

*“Conviene que las más viles acciones de los más grandes personajes de la Historia sean desconocidas para la posteridad, que el que lleguen a oídos de los tiranos y susciten en ellos el deseo de emularlas. Pues a la mayor parte de los que sustentan el poder siempre es fácil que la ignorancia les mueva fácilmente a imitar las malas acciones de sus antepasados, y así se sienten invariablemente atraídos, de una forma natural y espontánea, por los crímenes cometidos por los más antiguos. Sin embargo, al final una consideración me llevó a redactar la historia de estos hechos: el pensar que los tiranos que vengan luego tendrán clara conciencia, en primer lugar de que no es improbable que les sobrevenga un castigo por sus crímenes —justamente lo que llegaron a padecer estos hombres—, y además, de que sus acciones y caracteres quedarán para siempre consignados por escrito: tal vez así sean por este mismo motivo más reluctantes a la hora de transgredir las leyes”*

Procopio, *Historia Secreta, Proemio*

**A** comienzos del siglo V el Imperio romano de Occidente apenas era una sombra de lo que había sido. Los distintos y fugaces gobernantes que intentaron, sin éxito, mantener el

orden frente a la cada vez más incesante presión de los grupos bárbaros en las fronteras del imperio apenas contaban con medios para ello. Sucesivas reformas trataron de reorganizar no solo el ejército sino, sobre todo, mejorar los sistemas de reclutamiento, pero sin fondos ni capacidad real para organizar a las tropas poco se podía hacer. Las legiones dieron paso a la creación de unidades menores con funciones y misiones específicas. Los *limitanei* se encargaron de vigilar las fronteras terrestres, mientras que los *riparienses* hicieron lo propio en los límites fluviales que aún mantenía el imperio a duras penas. La principal característica de este sistema eran las tropas situadas en retaguardia, destinadas a aprovechar su movilidad para trasladarse y actuar allí donde fuera necesario sin comprometer la seguridad de sus zonas de actuación inicialmente asignadas.

En realidad, este sistema raras veces cumplió su objetivo, y cuando lo hizo sus resultados apenas cumplieron las expectativas ante un número cada vez mayor de enemigos en las fronteras, bien adiestrados y mejor organizados por momentos. La situación alcanzó un punto insostenible y la división del imperio entre los hijos de Teodosio, Arcadio y Honorio, no hizo sino complicarla aún más, favoreciendo la debilidad de las entidades políticas resultantes que conformarían los Imperios romanos de Oriente y Occidente, para aún más señas, inicialmente recelosos y enemistados entre sí. No en vano, en muchas ocasiones la imposibilidad de contener las incursiones bárbaras llevó a que sus gobernantes comenzaran a incluir a reyes y aristócratas bárbaros en la corte, algunos de los cuales acabarían recibiendo el mando del ejército con la misión de detener a sus antiguos compatriotas, a cambio de medrar en la política del imperio y, quien sabe, algún día optar a dirigir lo que quedara de él.

Tanto en Oriente como Occidente estos personajes de origen bárbaro comenzaron a poblar los puestos de responsabilidad como pago por su apoyo y con la clara intención de que no incrementaran las filas de sus ya numerosos enemigos, quienes no dudaron en intentar acrecentar su posición hacia un mayor poder frente a sus competidores, buscando para ello obtener el prestigio militar que tradicionalmente servía para ganar prestigio y, por qué no, infundir temor. ¿Qué mejor que sumar a cuantos más enemigos mejor a la causa para incrementar los efectivos del ejército y mermar los que formaban en las filas del enemigo? ¿Quién mejor que aquellos bárbaros para mediar con sus compatriotas para evitar o, al menos, retrasar el fin de Roma? Y qué eran algunos cargos o dádivas para conseguirlo, si en la corte no se olvidaba su pasado bárbaro, que a la postre se convirtió en uno de los principales, sino el mayor de todos, los obstáculos para que alguno de estos ambiciosos personajes se convirtiera en emperador. A ojos de los romanos eran, y siempre lo serían, barbaros, peones útiles, sí, pero nada más. O, al menos, eso era lo que se esperaba mientras aún quedaba un halito de esperanza en mantener la cohesión del imperio, pero no era más que una ilusión.

Aparentemente, de poco servía que estos personajes alcanzaran el título de *magister utrimque militiae* (comandante supremo del ejército), con el título adicional de *patricio*, pero no fueron pocos quienes lo ostentaron manteniendo intactas sus aspiraciones, que esperaban alcanzar de un modo u otro. No en vano, tratarían igualmente de hacerse con el trono del imperio, y si aun así era imposible superar las presiones de la corte en su contra, al menos su rango les daría capacidad para proponer a un candidato afín con mayores probabilidades de ser elegido que cualquier otro.

El principal enemigo en el este era el Imperio sasánida, una entidad política con muchas de las mismas tensiones y problemas internos que los propios romanos orientales habían heredado. Además, los persas tenían una historia imperial mucho mayor a la que recordar. De hecho, aunque habitualmente los historiadores hemos convertido al Imperio sasánida en uno de los peores y más incansables enemigos del Imperio romano Oriental, empeñado en recuperar los antiguos territorios que siglos atrás sus ancestros persas habían perdido a manos de Alejandro en Oriente Próximo, la verdad es que si bien los enfrentamientos fueron constantes, también lo es que muchos gobernantes sasánidas no aprovecharon los peores momentos de debilidad de sus enemigos para cumplir ese deseo ancestral.

Así sucedió tras la derrota de Valeriano (260), cuando Sapor I apenas su envió una pequeña parte de su ejército para conquistar Siria y capadocia. Eso permitió que la reina de Palmira, Zenobia, consiguiera derrotarlo durante su regreso con los reducidos efectivos que un pequeño Estado de la región podía movilizar. Y lo mismo sucedería en el 363, tras la derrota de Juliano, cuando sus enemigos decidieron respetar el acuerdo de paz firmado por Joviano por el cual recibían los territorios de Mesopotamia.

Si bien es cierto que los enfrentamientos se sucedieron durante siglos, ninguno de los contendientes estaba en verdadera disposición de acabar con su oponente de manera eficaz (más allá de los ya legendarios pero lejanos éxitos cosechados por Trajano y Septimio Severo que llegaron a capturar su capital, Ctesifonte), y se contentaban con mantener una situación generalmente tensa, pero sin mayores consecuencias. Es más, incluso la presencia de un enemigo común, como sucedió con los hunos, llegó a estrechar los lazos entre ambos, por ejemplo, cuando los persas acordaron

fortificar y defender el paso a través del Cáucaso, la ruta que debían seguir los hunos para acceder a Oriente Próximo, con ayuda financiera de Imperio bizantino (375). De hecho, los sasánidas obtenían enormes beneficios comerciales gracias a las tasas y productos que suministraban al Imperio romano de Oriente a través de la ruta de la seda, por lo que acabar con ellos incluso les perjudicaría.

Es probable que los sasánidas consideraran al Imperio romano de Oriente como una posibilidad de obtener ganancias y beneficios a través de las conquistas territoriales, aunque sin una verdadera pretensión de conquista, mientras que los propios bizantinos consideraban a sus vecinos como un mal necesario, pues al menos podían negociar con ellos y utilizarlos como Estado tapón frente a una amenaza aun mayor que se extendía a lo largo de las fronteras con el lejano Oriente. Mientras la situación se mantuviera estable no había nada que temer realmente, las campañas que unos y otros iniciaron apenas respondían a la necesidad de recordar al otro su poder a la hora de firmar acuerdos en virtud de igualdad, y los territorios perdidos hoy podrían recuperarse mañana, como había sucedido durante siglos. Por lo tanto, cuando Justiniano llegó al trono (527) sus fronteras orientales eran relativamente estables, aunque la amenaza de un nuevo conflicto obligaba a mantenerlas siempre vigiladas.